



**A S I M O V**

**VIAJE ALUCINANTE II**

Un eminente sabio, que ha sido víctima de un intento de asesinato, yace, en estado comatoso, a causa de un coágulo de sangre en el cerebro. En su mente lleva un secreto de extraordinaria importancia para la supervivencia del mundo libre. Una operación significaría su muerte. Entonces, un grupo de sabios resuelve miniaturizar a un equipo de médicos y técnicos, con todos sus aparatos, e inyectarlo en el sistema circulatorio del enfermo, a fin de destruir el coágulo desde el interior...

Dedicado a Dick Malina y Scott Meredith que lo han  
hecho posible...

## NOTA

En 1966 se publicó mi novela *Viaje alucinante*. En realidad era una novelización de una película que había sido escrita por otros. Yo me ceñí al argumento existente todo lo que pude, excepto para cambiar varias de las más intolerables inconsistencias científicas.

Nunca me sentí totalmente satisfecho de la novela, aunque lo hice muy bien y todavía está en circulación tanto en ediciones de *trade* como de bolsillo; se debe, sencillamente, a que nunca la consideré por completo mía.

Cuando llegó la oportunidad de escribir otra novela sobre el mismo tema, una nave miniaturizada y su tripulación en el interior de un ser humano viviente, acepté sólo a condición de escribirla enteramente a mi manera.

He aquí, pues, *Viaje alucinante II. Destino: cerebro*. Puede que también hagan de ella una película, pero si es así, esta novela no le deberá nada. Para bien o para mal, esta novela es *mía*.

## I. LE NECESITAMOS

*Aquél a quien se necesita debe aprender a soportar  
los halagos.*  
DEZHNEV, padre

—Perdóneme. ¿Habla usted ruso? —preguntó junto a su oído una voz baja, decididamente contralto.

Albert Jonas Morrison se envaró en su asiento. La habitación estaba medio a oscuras y la pantalla de la computadora situada en la plataforma desplegaba sus gráficos con una insistencia de la que no se había percatado.

Debía de haberse quedado más que medio dormido. Estaba seguro de que, cuando se sentó, había un hombre a su derecha. ¿En qué momento se había transformado en mujer? ¿O se había levantado y fue remplazado?

Morrison se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Me decía algo, señora?

No podía distinguirla con claridad en aquella penumbra y los destellos de la pantalla de la computadora más bien oscurecían que revelaban. Le pareció ver un cabello oscuro, lacio, pegado al cráneo, cubriendo las orejas..., sin artificios.

—Le he preguntado si habla ruso —dijo.

—Sí, lo hablo. ¿Por qué quiere saberlo?

—Porque todo resultaría más fácil. Mi inglés a veces me traiciona. ¿Es usted el doctor Morrison? ¿A. J. Morrison? No estoy muy segura en esta oscuridad. Perdóneme si he cometido un error.

—Soy A. J. Morrison. ¿La conozco?

—No, pero yo sí le conozco a usted. —Alargó la mano y le rozó la manga de la chaqueta—. Le necesito desesperadamente. ¿Está escuchando la conferencia? No lo parecía.

Naturalmente, ambos hablaban en voz baja.

Morrison miró involuntariamente a su alrededor. Había poca gente y nadie se sentaba cerca de ellos. Su murmullo subió de tono.

—¿Y si no escucho, qué? —Sentía curiosidad..., aunque sólo por aburrimiento. La conferencia le había hecho dormirse.

—¿Quiere venirse conmigo, ahora? —le preguntó—. Soy Natalya Boranova.

—¿Írme con usted a dónde, señora Boranova?

—A la cafetería..., para que podamos hablar. Es terriblemente importante.

Así fue como empezó. No tenía la menor importancia, decidió Morrison más tarde, que se encontrara en aquel lugar, que hubiera estado medio dormido, que se hubiera sentido lo bastante intrigado, suficientemente halagado para irse voluntariamente con una mujer que dijo necesitarle.

Después de todo, lo habría encontrado dondequiera que estuviese, se le habría echado encima y obligado a escucharla. En circunstancias distintas pudo no haber sido tan fácil, pero todo habría ocurrido como ocurrió. Estaba seguro.

No hubiese habido escape posible.

La miraba ahora con luz normal y era menos joven de lo que había creído. ¿Treinta y seis? ¿Cuarenta quizá?

Cabello oscuro. Sin canas. Rasgos pronunciados. Cejas pobladas. Mandíbulas fuertes. Nariz agradable. Cuerpo ro-

busto, pero no grueso. Casi tan alta como él, incluso calzando zapatos sin tacón. En conjunto, una mujer atractiva sin ser bella. El tipo de mujer, decidió, al que uno podía acostumbrarse.

Suspiró porque estaba frente al espejo y se veía reflejado allí. Cabello descolorido, escaso. Ojos azules, deslavados. Rostro delgado, cuerpo delgado, nervudo. Nariz aguilena, sonrisa agradable. Deseó que fuera una sonrisa agradable. Pero no, no era un rostro al que uno quisiera acostumbrarse. Brenda se había desacostumbrado del todo en poco más de diez años, y su cuarenta cumpleaños sería cinco años después del día en que se divorció oficial y definitivamente.

La camarera trajo el café. Habían estado sentados, sin hablar, pero estudiándose. Al fin, Morrison creyó que tenía que decir algo.

—¿No quiere vodka? —preguntó en un intento de frivolidad. Ella le sonrió y al hacerlo le pareció mucho más rusa—. ¿Ni «Coca-Cola»?

—Si se trata de una costumbre americana, la «Coca-Cola» por lo menos es más barata.

—Y con razón. —Morrison se echó a reír. Luego le preguntó—: ¿Es usted igualmente rápida en ruso?

—Veamos si lo soy. Hablemos en ruso.

—Pareceremos una pareja de espías.

La última frase de ella había sido en ruso y también lo había sido la respuesta de Morrison. El cambio de idioma no tenía importancia para él. Podía hablarlo y comprenderlo tan fácilmente como el inglés. Y así tenía que ser. Si un americano deseaba ser un científico y estar al corriente de lo que se publicaba, tenía que poder manejar el ruso tanto como un científico ruso tenía que poder manejar el inglés.

Por ejemplo, esa mujer, Natalya Boranova, pese a su declaración de que le fallaba el inglés, lo hablaba con fluidez y apenas un leve acento, observó Morrison.

—¿Por qué íbamos a parecer una pareja de espías? —le preguntó—. En la Unión Soviética hay cientos de miles de americanos hablando inglés, y cientos de miles de ciudadanos soviéticos hablando ruso en Estados Unidos. Ya no estamos en los viejos malos tiempos.

—Es verdad. Hablaba en broma. Pero en ese caso, ¿por qué quiere que hablemos en ruso?

—Porque ésta es su tierra y esto le da una ventaja psicológica, ¿no cree, doctor Morrison? Si hablamos en mi lengua, equilibrará algo la balanza.

—Como quiera —aceptó Morrison sorbiendo su café.

—Dígame, doctor Morrison, ¿me conoce?

—No. Jamás la había visto antes de ahora.

—¿Y mi nombre, Natalya Boranova? ¿Ha oído hablar de mí?

—Perdóneme. Si perteneciera a mi campo, hubiera oído hablar de usted. Como no es así, deduzco que no pertenece a mi campo... ¿Debería conocerla?

—Podía haber ayudado, pero dejémoslo. No obstante, yo sí le conozco. En realidad sé mucho acerca de usted. Cuándo y dónde nació. Sus estudios. El hecho de que está divorciado y de que tiene dos hijas que viven con su ex mujer. Conozco su situación universitaria y la investigación a la que se dedica.

Morrison se encogió de hombros:

—Nada de lo que ha dicho es difícil de encontrar en nuestra sociedad gobernada por computadoras. ¿Debería sentirme halagado o fastidiado?

—¿Por qué una u otra cosa?

—Depende de si me dice que soy famoso en la Unión Soviética, lo cual sería halagador, o de que he sido el blanco de una investigación, lo que me fastidiaría.

—No tengo intención de ser otra cosa que sincera con usted. Le he investigado..., por razones que son importantísimas para mí.

—¿Qué razones? —preguntó Morrison con frialdad.



—Para empezar, usted es neurólogo.

Morrison había terminado su café y, distraído, pidió otro. La taza de Boranova estaba por la mitad pero, aparentemente, había perdido todo interés en ella.

—Hay otros neurólogos —objetó Morrison.

—Ninguno como usted.

—Está claramente tratando de halagarme. Puede ser solamente porque, después de todo, no sabe nada de mí. No lo crucial.

—¿Qué no ha tenido éxito? ¿Qué sus métodos de análisis de las ondas cerebrales no son generalmente aceptados en el campo?

—Pero si sabe eso, ¿por qué anda tras de mí?

—Porque hay un neurólogo en nuestro país que conoce su trabajo y piensa que es brillante. En cierto modo ha saltado usted a lo desconocido, dice, y puede estar equivocado, pero si lo está..., lo está brillantemente.

—¿*Brillantemente* equivocado? ¿Qué hay de diferente en lo equivocado?

—Según su punto de vista, es imposible estar brillantemente equivocado sin estarlo del todo. Incluso si en algunos puntos se equivoca, mucho de lo que sostiene resultará ser provechoso..., y puede estar absolutamente en lo cierto.

—¿Y cuál es el nombre del ejemplar que tiene esta opinión de mí? Lo mencionaré favorablemente en mi próximo artículo.

—Se trata de Pyotr Leonobich Shapirov. ¿Lo conoce?

Morrison se recostó en su silla. No esperaba esto.

—¿Conocerlo? Lo conocí. Yo le llamaba Pete Shapiro. Nuestra gente de aquí, de los Estados Unidos, piensa que está tan loco como yo. Si resulta que me respalda, es un clavo más en mi ataúd... Óigame, diga a Pete que aprecio su fe en mí, pero que si realmente quiere ayudarme, no diga a nadie que está de mi parte.

Boranova le miró disgustada.

—Es usted un hombre poco serio. ¿Es que todo es broma para usted?

—No, sólo yo. Yo soy la broma. Tengo algo realmente grande y no puedo convencer a nadie de ello. Excepto a Pete, como acabo de enterarme, y él no cuenta. Ni siquiera consigo que publiquen mis artículos hoy en día.

—Entonces, venga a la Unión Soviética. Podemos utilizarle a usted..., y a sus ideas.

—No, no. No pienso emigrar.

—¿Quién ha hablado de emigrar? Si desea seguir siendo americano, siga siéndolo. Pero en el pasado visitó usted la Unión Soviética y puede repetir la visita y quedarse algo de tiempo. Luego, regrese a su propio país.

—¿Por qué?

—Tiene ideas locas, y nosotros tenemos ideas locas. Quizá las suyas puedan ayudar a las nuestras.

—¿Qué ideas locas? Me refiero a las suyas. Yo conozco las mías.

—Es algo que no voy a discutir hasta que sepa si, a lo mejor, está dispuesto a ayudarnos.

Morrison, todavía recostado en su silla, percibía vagamente el murmullo que lo rodeaba, de gente bebiendo, comiendo, charlando..., la mayor parte procedente de la conferencia, creía. Miró fijamente a esa intensa mujer rusa que admitía tener ideas locas y se preguntó qué tipo de... Se quedó rígido de pronto y exclamó:

—¡Boranova! Sí que *he oído* hablar de usted. Por supuesto. Pete Shapiro la mencionó. Usted es...

En su excitación se puso a hablar en inglés, pero la mano de ella le sujetó la suya clavándole las uñas. La sacudió y ella retiró la mano, diciendo:

—Lo siento, no quería hacerle daño.

Morrison se contempló las marcas, una de las cuales era casi una herida, y en voz baja y en ruso dijo:

—Usted es la miniaturizadora.

Boranova se lo quedó mirando sin inmutarse:

—Quizás un paseo y un banco junto al río. El tiempo es maravilloso.

Morrison se sujetó la mano ligeramente lastimada con la otra. Hubo algunos, creía, que habían mirado en su dirección cuando gritó en inglés, pero ahora ninguno parecía interesarse por ellos. Sacudió la cabeza:

—Me parece que no. Debería asistir a la conferencia.

Boranova sonrió como si él hubiera confirmado que el tiempo era maravilloso, y le dijo:

—Creo que no. Me parece que encontrará el banco junto al río mucho más interesante.

Por un momento Morrison casi pensó que la sonrisa de ella pretendía ser seductora. No estaría dando a entender... Abandonó la idea casi antes de plantársela seriamente. Este tipo de cosas eran anticuadas incluso en holo-visión: «Bella Espía Rusa se sirve de Cuerpo Sinuoso para Deslumbrar Americano Ingenuo».

Para empezar no era bella y su cuerpo no era sinuoso. Ni parecía que pudiera pensar nada de aquello, y él, al fin y al cabo, no era tan ingenuo..., ni siquiera le interesaba.

Pero se encontró acompañándola a través del campus, en dirección al río.

Caminaban despacio, como vagando, y ella le hablaba alegremente de su marido Nikolai y de su hijo Aleksandr, que iba al colegio y que por una extraña razón estaba interesado en Biología, aun cuando su madre era termodinamista. Y lo peor, Aleksandr era un espantoso jugador de ajedrez, para gran decepción de su padre, pero parecía prometer en violín.

Morrison ni la escuchaba. Estaba ocupado, en cambio, en tratar de recordar lo que había oído sobre el interés de los soviéticos por la miniaturización y la posible conexión que podía haber entre ésta y su propio trabajo. Ella señaló un banco:

—Éste parece razonablemente limpio.

Se sentaron. Morrison miraba por encima del río, con ojos que realmente no parecían absorberlos, la hilera de coches alineados a un lado de la carretera, el suyo, y la hilera paralela del otro lado de la carretera..., mientras que un montón de esquifes, parecidos a ciempiés, abarrotaban el río.

Permaneció en silencio y Boranova, mirándole preocupada dijo finalmente:

—¿No lo encuentra interesante?

—¿Encontrar interesante qué cosa?

—Mi sugerencia de que venga a la Unión Soviética.

—¡No! —contestó secamente.

—Pero ¿por qué no? Dado que sus colegas americanos no aceptan sus ideas y dado que se siente deprimido por ello y está buscando una salida al callejón donde se encuentra, ¿por qué no venir con nosotros?

—Por sus investigaciones sobre mi vida estoy seguro de que sabe que mis ideas no son aceptadas, pero ¿cómo puede saber lo deprimido que estoy por ello?

—Cualquier hombre se sentiría deprimido. Y uno tiene solamente que hablar con usted para darse cuenta.

—¿Acepta usted mis ideas?

—¿Yo? Yo no pertenezco a su campo. No sé nada, o muy poco, sobre el sistema nervioso.

—Supongo que simplemente acepta la opinión que Shapirov tiene de mis ideas.

—Sí. E incluso si no fuera así..., los problemas desesperados requieren remedios desesperados. ¿Qué mal hay, entonces, si probamos sus ideas como remedio? Ciertamente, no estaremos peor que ahora.

—Ya tienen mis ideas. Han sido publicadas.

Se le quedó mirando fijamente:

—No sé por qué no creo que todas sus ideas hayan sido publicadas. Por eso le necesitamos a usted.

Morrison rió sin humor:

—¿En qué puedo ayudarles en relación con la miniaturización? Sé menos de miniaturización que usted de cerebros. Infinitamente menos.

—¿Conoce algo sobre miniaturización?

—Sólo dos cosas. Que se sabe que los soviéticos la están investigando..., y que es imposible.

Boranova contempló el río, pensativa.

—¿Imposible? —repetió—. ¿Y si le dijera que lo hemos logrado?

—La creería más si me dijese que los osos polares vuelan.

—¿Por qué iba a mentirle?

—Señalo el hecho. Los motivos no me conciernen.

—¿Por qué está tan seguro de que la miniaturización es imposible?

—Si reduce un hombre al tamaño de una mosca, toda la masa del hombre estaría apiñada en el volumen de una mosca. Terminaría con una densidad de algo así como... — se detuvo a pensar— ciento cincuenta mil veces la del platino.

—¿Pero y si la masa se redujera en proporción?

—Entonces terminaría con un átomo en el hombre miniaturizado por cada tres millones del original. El hombre miniaturizado tendría no solamente el tamaño de una mosca sino también el poder cerebral de una mosca.

—¿Y si también los átomos se reducen?

—Si me está hablando de átomos miniaturizados, entonces, la constante de Planck, que es una cantidad absolutamente fundamental en nuestro Universo, lo prohíbe. Los átomos miniaturizados serían demasiado pequeños para encajar en la granulación del Universo.

—¿Y si le dijera que la constante de Planck también fue reducida, de modo que un hombre miniaturizado encajara en un campo en el que la granulación del Universo era increíblemente más fina de lo que es en condiciones normales?

—Entonces no la creería.

—¿Sin examinar el caso? ¿Se negaría a creerlo como resultado de sus convicciones preconcebidas, lo mismo que sus colegas se niegan a creerle a usted?

—No es lo mismo —masculló al fin.

—¿Qué no es lo mismo? —Volvióse a mirar el río, pensativa—. ¿En qué no es lo mismo?

—Mis colegas creen que estoy equivocado. Mis ideas, en su opinión, no son teóricamente imposibles..., sólo equivocadas.

—¿Mientras que la miniaturización es imposible?

—Sí.

—Entonces venga y vea. Si resulta que la miniaturización es imposible, como usted dice, habrá tenido por lo menos un mes en la Unión Soviética como invitado del Gobierno soviético. Todos sus gastos serán pagados. Si existe una amiga que quiera llevar consigo, llévela también. O un amigo.

Morrison sacudió la cabeza.

—No, gracias. Prefiero no ir. Incluso si la miniaturización fuera posible, no pertenece a mi campo. Ni me serviría de ayuda, ni me interesaría.

—¿Cómo puede saberlo? ¿Y si la miniaturización le daba la oportunidad de estudiar Neurología como no la ha estudiado antes de ahora..., como nadie la ha estudiado jamás? ¿Y que, si al hacerlo, pudiera usted ayudarnos? Esto sería lo que nosotros arriesgaríamos.

—¿Cómo puede usted ofrecerme un nuevo medio de estudiar Neurología?

—Pero, doctor Morrison, creí que era de esto de lo que estábamos hablando. No puede realmente probar sus teorías porque no puede estudiar las células nerviosas con suficiente detalle, sin dañarlas. Pero ¿y si le presentáramos una neurona tan grande como el Kremlin para usted solo..., o mayor aún..., para estudiarla molécula a molécula?

—¿Quiere decir que puede invertir la miniaturización y conseguir una neurona tan grande como desee?

—No, todavía no podemos hacerlo, pero podemos hacerle a usted tan pequeño como queramos y al final viene a ser lo mismo, ¿no cree?

Morrison se levantó y la miró.

—No —murmuró—. ¿Está usted loca? ¿Cree que estoy loco? ¡Adiós! ¡Adiós!

Dio media vuelta y se alejó rápidamente.

—Doctor Morrison. ¡Escúcheme! —le gritó.

Pero él hizo un gran gesto de rechazo con el brazo derecho y echó a correr a través del camino, esquivando los coches con dificultades.

Por fin llegó al hotel, jadeando, casi bailando de impaciencia mientras esperaba el ascensor. «¡Loca! —pensó—. Quería miniaturizarle a *él*, intentar esa imposibilidad con *él*...! O, peor, intentar la posibilidad con *él*, lo que sería infinitamente peor».

Morrison temblaba aún cuando llegó ante la puerta de su habitación del hotel, sujetando con fuerza el rectángulo de plástico de la llave, respirando con fuerza y preguntándose si ella conocería el número de su habitación. Lo podía descubrir, claro, si era lo suficientemente decidida. Miró de punta a punta el comedor, medio temeroso de verla llegar corriendo hacia él, con el rostro descompuesto, el cabello al aire y las manos extendidas.

Sacudió la cabeza. ¡Qué locura! ¿Qué podía hacerle? No podía llevárselo en brazos. No podía obligarlo a hacer algo que no quisiera hacer. ¿Qué terror infantil se había apoderado de él?

Morrison respiró profundamente e introdujo la llave en la cerradura. Percibió el pequeño clic de la llave al encajar, luego la retiró y se abrió la puerta.

El hombre sentado en el sillón de mimbre junto a la ventana le sonrió diciendo: